

AGNÈS POIRIER



La Rive Gauche

Arte, pasión y el renacer
de París, 1940–1950



PAIDÓS

AGNÈS POIRIER

LA RIVE GAUCHE

Arte, pasión y el renacer
de París, 1940-1950

PAIDÓS Contextos

Título original: *Left Ban*, de Agnès Poirier
Publicado originalmente en inglés, en 2018, por Henry Holt and Company

1.^a edición, abril de 2021

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Agnès Poirier, 2018
© de la traducción, Ignacio Villaro Gumpert, 2021
© de todas las ediciones en castellano,
Editorial Planeta, S. A., 2021
Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona, España
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

Liberté de Paul Éluard © Editions de Minuit, 1945
Plano de Jeffrey L. Ward

ISBN 978-84-493-3806-9
Fotocomposición: Pleca Digital, S. L.
Depósito legal: B. 3.161-2021

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Impreso en España — *Printed in Spain*

SUMARIO

<i>Cronología</i>	13
Dramatis personae	17
<i>Plano de la Rive Gauche parisina</i>	19
<i>Introducción</i>	23

Primera parte
MI MAESTRA FUE LA GUERRA

1. La caída	33
2. La elección	49
3. La lucha	75
4. El deseo	103

Segunda parte
TIEMPOS MODERNOS

5. Una filosofía de la existencia	125
6. Lujuria y emancipación	147
7. Una tercera vía	167

Tercera parte
LAS AMBIGÜEDADES DE LA ACCIÓN

8. ¿Cómo <i>no</i> ser comunista?	189
9. Amor, estilo, drogas y soledad	209
10. Acción y disidencia	221
11. «El esplín de París es un poderoso astringente»	245

Cuarta parte
AGUZAR LOS SENTIDOS

12. «Ellos tenían el arte, mientras que nosotros solo estábamos podridos de dólares»	261
13. Estimular los nervios	273
14. Ira, rencor y fracaso	285
15. Reivindicado	301
16. Los adioses y un nuevo amanecer	315
<i>Notas</i>	331
<i>Agradecimientos</i>	363
<i>Índice onomástico y de materias</i>	365

CAPÍTULO 1

La caída

EN VÍSPERAS

La reina Isabel lucía un vestido largo de seda blanca y guantes largos del mismo tejido, complementados con un bolso de satén blanco y un sombrero de ala ancha del mismo color. Caminaba despacio, con el presidente francés Albert Lebrun unos pasos por detrás. La visita de Estado a París de la pareja real inglesa, el rey Jorge VI y su esposa, en julio de 1938, tenía como objetivo impresionar a Hitler reafirmando la sólida alianza de Gran Bretaña y Francia. Los cámaras del noticiario cinematográfico, posicionados a lo largo del recorrido del regio cortejo, filmaron el trayecto hasta el Louvre de las limusinas negras, tras las que desfilaban a caballo miembros de la Guardia Republicana con sus uniformes de gala y sus vistosos sables con incrustaciones de latón que centelleaban al sol. Los monarcas británicos habían decidido pasarse a ver la *Mona Lisa* y la *Venus de Milo* para demostrar al mundo que la Entente seguía siendo *cordiale* y todo seguía como debía ser. Salvo que Alemania se había anexionado Austria tan solo cuatro meses antes.

En el noticiario se ve a seis hombres revoloteando alrededor del cortejo real mientras pasa ante una serie de cuadros de los primeros impresionistas. Uno de ellos es Jacques Jaujard, a la sazón subdirector de Museos Nacionales de Francia. Alto, moreno y esbelto, tenía, a sus cuarenta y tres años, una estampa elegante, aunque sobria.

Jaujard no creía, ni había creído en ningún momento, que se pudiera apaciguar a Alemania. Mientras guiaba a la reina por la gran galería del Louvre,¹ muy pocos estaban al tanto de que ya había empezado a planear la evacuación de todas las colecciones públicas de arte para cuando los alemanes entraran en París; «para cuando», no «por si entraban». Había

supervisado la expatriación de toda la colección del Museo del Prado desde Madrid a Suiza, para protegerla durante la Guerra Civil española. Ya había comenzado a elaborar planes de contingencia para esta otra guerra, haciendo listas y encargando la construcción de miles de cajas de madera de dimensiones muy precisas.

En el verano de 1938, muy poca gente se sentía amenazada personalmente por la agresiva política de Alemania contra sus vecinos del este, y aun eran menos los que se preparaban activamente para la guerra. Ajena a los desvelos de un adulto que pasaba sus días y sus noches pensando cómo hacer para proteger mejor el patrimonio cultural del mundo y miles de años de civilización de un futuro muy incierto, la juventud parisina estaba más preocupada por emular a su ídolo Charles Trenet, *le Fou Chantant (el Cantor Loco)* como era conocido el joven prodigio musical de veinticuatro años. En el verano de 1938, los adolescentes de París vestían camisas azules con corbata y sombrero blancos, igual que Trenet, el hombre que hacía bailar a Francia al ritmo del *swing*.

Uno de sus profesores de Filosofía, en el liceo Pasteur de Neuilly, el rico suburbio del oeste de París, tampoco se sentía afectado en lo más mínimo por los acontecimientos mundiales. Al igual que sus alumnos, a sus treinta y tres años, Jean-Paul Sartre disfrutaba escuchando a Charles Trenet. Lo que le agradaba aún más era desafiar las convenciones sociales. Pero ¿la guerra? No pensaba en la guerra. Le gustaba llevarse a sus alumnos a algún café a hablar de literatura, algo que, en 1938, sencillamente, no se hacía; nadie había osado hasta entonces romper la distancia reverencial entre maestro y pupilo, y poner tan descaradamente en cuestión la noción de jerarquía. También gustaba Sartre de prestar libros de su biblioteca personal a sus alumnos. Gracias a este hombre de aspecto extraño, con una bizquera tremenda, una inteligencia festiva y una risa contagiosa, descubrieron los escritos de Hemingway, Dos Passos, Steinbeck y Faulkner.² El propio Sartre estaba a punto de ver publicado su primer libro por el prestigioso editor Gallimard. Tituló esa novela primeriza *La náusea*, un título desagradable.³ *Le Figaro* y otros periódicos conservadores la juzgaron desabrida, desoladora en exceso, incluso nihilista, pero reconocieron el innegable talento de su autor.

La náusea estaba dedicada a «The Beaver», un juego de palabras en inglés con el nombre de su mejor amiga, *sparring* intelectual y amante, Simone de Beauvoir. *Beauvoir* suena parecido a *Beaver* en su pronunciación inglesa, que en francés (como en castellano) significa «castor». En otras palabras, De Beauvoir pasó a ser para sus amigos el Castor, inglés mediante. El Castor, que contaba treinta años, era, al igual que Sartre,

una brillante profesora de Filosofía, aunque considerablemente más atractiva. Vivían juntos; es decir, en el mismo hotel astroso, el hotel Mistral, en el número 24 de la Rue Cels, justo detrás del cementerio de Montparnasse, pero no en la misma habitación.

Beauvoir y Sartre eran profesores carismáticos, sabían escuchar y jamás emitían juicios morales. No es de extrañar que sus alumnos se convirtieran en sus admiradores más fervientes, hasta el punto, en muchos casos, de enamorarse de ellos. En vez de regañarlos, Beauvoir y Sartre les correspondían con su afecto. Estaban las rubísimas hermanas Olga y Wanda Kosakiewicz, estaba Jacques-Laurent Bost (a quien llamaban «*le petit Bost*», porque era el menor de diez hermanos), y Blanca Bienenfeld y Nathalie Sorokine. Todos estaban enamorados de Simone. Beauvoir y Sartre habían acordado que su relación era «esencial», mientras que otras que pudieran tener en paralelo no pasarían de «contingentes». Su vida juntos, y no juntos, formaba ondas en un estanque cada vez más extenso. Las nuevas incorporaciones a su círculo solían aceptar esta premisa del carácter contingente de su relación con su mentor y amante, y un número sorprendentemente alto de ellos y de ellas conservaban su amistad una vez consumida la pasión inicial. Entonces, no era raro que se enamoraran de otro miembro del grupo. La transparencia no era una norma que compartieran necesariamente todos los adscritos a lo que más adelante se conocería como la «familia sartriana», y eran muchos los secretillos que hacían posible que el sistema funcionara. Así, entre 1938 y 1939, estando enamorada de Bost, Beauvoir mantuvo una aventura pasional con Bianca (Bost estaba al tanto de lo de Bianca, pero Bianca no sabía lo de Bost). Luego, en enero de 1939, Sartre empezó a cortejar a Bianca, después de que Beauvoir pusiera fin a su relación con ella. Beauvoir y Sartre no eran solo amantes y mentores; también mantenían a estos alumnos amantes suyos. Trabajaban de firme, y les pagaban a todos el alojamiento y la comida. El suyo era un mundo de conocimiento y estimulación, en el que la política y los acontecimientos mundiales tenían una presencia muy reducida. Eran filósofos, y consideraban que estaban por encima de la política.

Samuel Beckett se ocupaba demasiado de la política. Acababa de cumplir treinta y tres años, y le gustaba dormir hasta el mediodía. El 18 de abril de 1939, contestó a su amigo Thomas MacGreevey en Dublín: «Si hay una guerra, como creo que habrá pronto, me pondré a disposición de este país».⁴ Beckett quería ser útil; disponía de tiempo y aún no había encontrado su voz. Vivía a la sombra de otro escritor irlandés, James Joyce, para quien trabajó una breve temporada como secretario, y

se las veía y se las deseaba para producir algo concreto que le pareciera digno de publicarse. Estaba *Murphy* (1938), eso sí: una novela que había escrito en inglés y que le habría encantado que tradujera al francés su amigo Alfred Péron, un profesor de Inglés, pero cuando, cada martes, los dos jóvenes se reunían para comer, siempre acababan jugando al tenis en vez de hablar de trabajo. Aparte de *Murphy*, Beckett tenía un puñado de poemas (algunos, en francés) y algún trabajo de traducción que enseñar, pero poco más. Sin embargo, leía mucho, y además de admirar el libro de ese profesor francés de Filosofía, *La náusea*, que consideraba «extraordinariamente bueno»,⁵ le gustaba la obra de un escritor de más edad, Louis-Ferdinand Céline, y en particular su novela *Viaje al fin de la noche*. Beckett vivía muy modestamente de sus ocasionales traducciones y sus exiguos ingresos como profesor, complementados con una asignación mensual que le enviaba desde Irlanda su hermano Frank. Al menos, si estallaba la guerra, podría ser de alguna utilidad.

Mientras que Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir y Samuel Beckett vivían o bien ignorando alegremente la situación mundial o considerando cuál podría ser su papel en una futura guerra, Jacques Jaujard, siguiendo su instinto, estaba ya plenamente involucrado en acciones concretas. Le había confiado a la sexagenaria Laure Albin Guillot, una reputada fotógrafa de celebridades, que quería hacer pronto un inventario de la colección de arte del museo, de cara a acometer algún tipo de reordenación. Se expresó en términos deliberadamente vagos. No se sabe si en privado le revelaría el alcance de sus planes. Tal vez quisiera que una de las fotografías con más talento de Francia en la década de 1930 inmortalizara obras de arte que bien podrían, poco después, ser destruidas o desvanecerse para siempre.

Podría habérselo pedido a otro fotógrafo más joven, Henri Cartier-Bresson, que a sus treinta y un años se hacía llamar Henri Cartier, a secas. Cartier-Bresson era el apellido, muy conocido, de un industrial parisino, y Henri no quería que sus camaradas del Partido Comunista repararan en que era hijo de destacados miembros de la *grande bourgeoisie*. Sin embargo, es posible que Jaujard tuviera reparos en pedirle algo al fotógrafo oficial del periódico comunista *Ce Soir*, editado por Louis Aragon, sobre todo teniendo en cuenta que la Rusia soviética y la Alemania nazi acababan de firmar un pacto de no agresión. Además, Henri Cartier estaba ocupado trabajando para el cineasta Jean Renoir. Venía ejerciendo como su ayudante desde 1936, no solo en documentales de propaganda comunista, sino también en películas como *La Règle du jeu* (*La regla del juego*), que era el retrato de un mundo al borde del conflic-

to: el mundo de la hedonista burguesía francesa, ajena a ese otro mundo que la rodeaba.⁶

El 24 de agosto de 1939, solo un día después de que el ministro de Asuntos Exteriores soviético Mólotov y su homólogo alemán Von Ribbentrop firmaran el pacto que daba a Hitler carta blanca para atacar a Occidente, Jacques Jaujard ordenó el cierre del Louvre durante tres días. Oficialmente, por reparaciones. En realidad, durante tres días y tres noches, doscientas personas, entre miembros de la plantilla del museo, estudiantes de su escuela de arte y empleados de los grandes almacenes La Samaritaine, se dedicaron a embalar con sumo cuidado, en cajas de madera, cuatro mil joyas del arte mundial. Por fortuna, pudieron enrollar y guardar en sendos tubos cilíndricos *Las bodas de Caná* de Veronese y *La coronación de Napoleón*, de Jacques-Louis David. Pero *La entrada de los cruzados en Constantinopla*, de Delacroix, *La balsa de la Medusa*, de Géricault, y todos los cuadros de Rubens eran demasiado frágiles y debieron cargarse en un camión especial abierto, fabricado para transportar decorados escénicos y murales de la compañía nacional de teatro de Francia, la Comédie-Française. *La balsa del Medusa*, que pesaba casi una tonelada y media, viajaría en el camión abierto, cubierta únicamente por una gigantesca manta.

Clasificaron las obras maestras por orden de importancia: un círculo amarillo para las muy valiosas, uno verde para obras de arte eminentes y uno rojo para los tesoros mundiales. La caja blanca que contenía la *Mona Lisa* se marcó con tres círculos rojos. En una carta al conservador encargado de viajar con *La Gioconda*, que aún no conocía todo el peso de la responsabilidad que había recaído sobre sus hombros, Jaujard le dio la noticia con estas palabras: «Viejo amigo, compondrán tu convoy ocho camiones. He de decirte que el camión Chenu, que saldrá del número 5 de la Terrasse, con matrícula 2162RM2, contiene una caja con las letras MN escritas en negro. Es la *Mona Lisa*».⁷ La obra más preciada de Da Vinci iba a viajar en una ambulancia especialmente equipada con suspensión de muelles de goma.

Se requisaron coches particulares, ambulancias, camiones grandes, furgonetas de reparto y taxis. Una mañana de finales de agosto, un convoy de doscientos tres vehículos que transportaban 1.862 cajas de madera partió hacia once castillos franceses, donde su carga permanecería, de forma anónima y segura, a la espera del desarrollo de los acontecimientos. Se recurrió a grandes *chateaux* del Loira, como los de Chambord y Cheverny, pero Jaujard requisó también propiedades de particulares menos conspicuas, convenientemente perdidas en la campaña francesa,

lejos de cualquier localización estratégica. A cada convoy se le asignó un conservador con su personal correspondiente. Su misión: velar por las colecciones de arte en sus nuevos hogares durante el tiempo que fuera preciso. Familias enteras fueron desplazadas y realojadas. Para aquellos entregados empleados del museo, la aventura duraría más de cinco años.

La *Victoria alada de Samotracia*, con sus aproximadamente tres metros de altura, fue la última pieza en partir hacia su escondite, a las tres de la tarde del 3 de septiembre, justo la hora en que Francia declaró la guerra a Alemania. Luego, a lo largo de las semanas siguientes, se puso a buen recaudo la totalidad de la colección pública nacional. Todos los museos del país aplicaron el plan de evacuación diseñado por Jaujard para el Louvre, tratando cada obra en función de su relevancia histórica. En otoño de 1939, se habían puesto a salvo todas las obras de arte de cierta importancia. Como no podía ser de otra manera, la noticia se acabó filtrando. Raymond Lécuyer escribió en *Le Figaro* sobre «el éxodo de cuadros», alabó la dedicación de los conservadores de los museos nacionales —muchos de ellos, veteranos de la Gran Guerra retirados— y se disculpó ante sus lectores por la vaguedad de sus explicaciones sobre toda la operación. No podía ser más concreto ni mencionar nombres, fechas o lugares, pero decía: «Baste al lector el consuelo de saber que el patrimonio artístico mundial está a salvo de las aventuras científicas de la barbarie alemana».⁸

Tras cumplir con su responsabilidad ante la historia, Jaujard se retiró a su despacho del Louvre, con vistas al Jardín de las Tullerías, a prepararse para lo inevitable. Podía ser cuestión de meses, pero los alemanes estarían pronto en París, de eso estaba convencido. Y si bien él estaba preparado, no podía decirse lo mismo del Ejército francés.

CREPÚSCULO

En vez de cumplir inmediatamente con su compromiso de ayudar a Polonia, Gran Bretaña y Francia optaron por ganar tiempo y no embarcarse en operaciones militares ofensivas, lo que permitió al ejército alemán concentrarse en invadir y aplastar el país eslavo sin tener que combatir en dos frentes al mismo tiempo. Había algo decididamente raro en esta guerra. Los franceses la llamaron la *drôle de guerre* («guerra de risa»); los estadounidenses y los británicos, la *phony war* («guerra de pega»). Si el ejército francés hubiera procedido a un ataque frontal inmediatamente

después de la declaración de guerra, Alemania no habría podido aguantar más allá de una o dos semanas; al menos, eso es lo que afirmó el general alemán Siegfried Westphal unos años después, durante los juicios de Núremberg. En septiembre de 1939, Gran Bretaña y Francia contaban entre los dos con ciento diez divisiones, frente a las veintitrés de Alemania.

Sin embargo, tanto Francia como Gran Bretaña estaban demasiado ocupadas haciéndoles la vida difícil a los ciudadanos alemanes y austriacos que vivían en sus respectivos territorios, como Arthur Koestler en Francia y Stefan Zweig en Inglaterra, como para enfrentarse a Hitler sobre el terreno. En octubre, el intelectual antifascista Koestler, nacido en Hungría, fue arrestado e internado en el campo de concentración de Le Vernet, en los Pirineos franceses,⁹ mientras que al célebre autor austriaco Zweig, que tenía la residencia británica, se le prohibió viajar a más de ocho kilómetros de su domicilio en Bath.

Algunos parisinos salieron de la ciudad en cuanto se declaró la guerra. Janet Flanner, la formidable corresponsal del *New Yorker* desde 1925, tan conocida por sus bellas amantes como por su acerada prosa, decidió regresar a Estados Unidos. Se despidió de su amante francesa Noeline —o Noël Haskins Murphy, por su nombre oficial— diciéndole que le escribiría y volvería pronto. Noeline, «una mujer imponente de pómulos altos y pelo trigueño, una verdadera vikinga, una mezcla de Garbo y Dietrich» de metro ochenta de alto, no sería sino una sombra de sí misma cuando volvieran a verse, en diciembre de 1944.¹⁰

Pablo Picasso tenía entonces cincuenta y ocho años. Horrorizado por los bombardeos de Guernica de abril de 1937, salió de París el 2 de septiembre con destino a Royan, una localidad costera del sudoeste de Francia a cien kilómetros al norte de Burdeos. Alquiló una villa para su amante Marie-Thérèse Walter y su hija Maya, que estaba a punto de cumplir cuatro años,¹¹ y él se instaló en el hotel Tigre con su nuevo amor, la fotógrafa Dora Maar. Al poco, alquiló un estudio en el tercer piso de la Villa les Voiliers, con hermosas vistas al mar. En Royan, sin embargo, no encontraba inspiración. Picasso no era paisajista ni un pintor de la naturaleza. Tal vez sintiera alivio en un principio al estar lejos de París, pero la brillante luz de la región de Poitou no iba con él. Se mantuvo ocupado haciendo bocetos y hasta escribiendo para combatir la ansiedad que le provocaba la guerra. Los mariscos del mercado local le inspiraron algunos cuadros, pero volvía cada cierto tiempo a París para surtir-se de pinceles, óleos, lienzos y cuadernos de dibujo. La inauguración, el 15 de noviembre, de una retrospectiva de su obra en el Museo de Arte

Moderno de Nueva York (MoMA), con el título de *Picasso: cuarenta años de su arte*, que debería haber sido fuente de gran satisfacción para él, le dejó un sabor muy distinto, casi de irrelevancia.¹²

Otros habían optado por quedarse en París a la espera del desarrollo de los acontecimientos. Fue el caso de Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, quienes siguieron impartiendo sus clases, aunque de vez en cuando cambiaban de hotel, seguidos siempre por su séquito de amantes y alumnos.

Mientras en Europa occidental todo el mundo trataba de adaptarse a la situación creada por aquella «guerra de pega», el Ejército francés —el mayor del mundo, según lo describía la prensa, tanto en Francia como fuera— seguía absolutamente falto de preparación, víctima del tradicionalismo, la ignorancia, la arrogancia y la parálisis. Un testimonio directo de la época captó con toda claridad el hundimiento de la moral de los soldados franceses, el total fracaso del alto mando, las demenciales estrategias basadas en la línea Maginot y en la supuesta «impenetrabilidad» del bosque de las Ardenas, y el mundo de fantasía en que vivían la burguesía y la clase trabajadora francesas. Marc Bloch era un veterano de la Gran Guerra, profesor de Historia Medieval en la Sorbona y fundador de la Escuela de los Anales.¹³ En 1939, con cincuenta y tres años, se presentó voluntario para combatir. La absoluta incompetencia del alto mando francés y su incapacidad para adaptarse a los tiempos modernos no fueron la única causa de la caída de Francia, según escribió Bloch en su ensayo *La extraña derrota*, publicado póstumamente en 1946: la ligereza con que el Estado, su Gobierno y los partidos políticos franceses transmitieron al país mensajes de un vacuo optimismo, sugiriendo que la derrota era inconcebible mientras actuaban con extrema timidez en relación con Hitler les impidió ver claramente y con la cabeza fría la realidad. Reprochaba a la clase obrera su pacifismo cobarde, y acusaba a la burguesía de perseguir únicamente placeres egoístas en la vida. Lo que Bloch describía era el colapso moral absoluto de todo un país, como había hecho Renoir en 1939 con *La regla del juego*, mostrando la insufrible ligereza de las élites francesas, una indiferencia que compartían Sartre y Beauvoir.

Los inmigrantes, y en especial los judíos extranjeros como Arthur Koestler, no podían permitirse el lujo de la indiferencia. Tras ser liberado del campo de internamiento a principios de 1940 gracias a la campaña emprendida con celo infatigable por su amante, la escultora Daphne

Hardy, que alertó a las autoridades británicas, lo primero que hizo Koestler fue tratar de conseguir en París papeles que le permitieran quedarse en Francia. El 1 de mayo, en previsión de lo que pudiera pasar, envió además a un editor de Londres un manuscrito. Su novela, que Hardy había traducido del alemán, se titulaba *El cero y el infinito*, y narraba la historia de un viejo bolchevique juzgado por traición por el mismo Gobierno que había contribuido a crear. En París, Koestler estuvo viviendo en casa de varios amigos. Uno de ellos era la estadounidense de cincuenta y tres años Sylvia Beach, dueña de la famosa librería Shakespeare and Company, en el número 12 de la Rue de l'Odéon del *arrondissement* (distrito) sexto.¹⁴

Beach, amiga de los escritores Ezra Pound, Ernest Hemingway y André Gide, se había convertido en improvisada editora en 1922 para presentar al mundo el *Ulises* de James Joyce. Seguía viviendo en el piso de encima de su librería, al igual que Adrienne Monnier, su ex amante y mejor amiga, y propietaria de otra librería situada justo enfrente de la suya, en el número 7 de la Rue de l'Odéon. Sylvia y Adrienne eran el alma de lo que algunos de sus amigos llamaban «Odeonia», un reino de cultura, fraternidad internacional y tolerancia. Perteneían a una época pasada, y en mayo de 1940 Odeonia parecía una ciudad sitiada. Adrienne estaba saliendo con Gisèle Freund, una berlinesa de treinta y dos años que había hecho el doctorado en la Sorbona sobre el tema de la fotografía en Francia en el siglo XIX. Freund se dedicaba a hacer retratos de todos los escritores que aún pasaban por Odeonia; siendo de ascendencia judía, también estaba considerando seriamente la posibilidad de huir a Argentina, donde tenía amigos y familia.

Los pocos escritores norteamericanos que aún quedaban en París en 1940, como Henry Miller, o el artista Man Ray, empezaban a huir hacia el sur, y de ahí a países más seguros. Arthur Koestler se aferraba a la esperanza de conseguir documentos franceses. Un día estaba en el apartamento de Beach leyendo *Rojo y negro*, de Stendhal, cuando un trébol de cuatro hojas que había en una de las estanterías que tenía al lado «le fue a caer justo entre los ojos». Adrienne se los besó y le dijo que era un buen presagio y que no iba a pasarle nada.¹⁵

LA DEBACLE

«La nueva fase de la guerra» —eufemismo utilizado por algunos— se inició al alba del viernes 10 de mayo de 1940. Los tanques alemanes ha-

bían entrado en Bélgica, lo que dio comienzo a la batalla de Francia. La prensa francesa, sin embargo, había dedicado sus titulares a la crisis del Gobierno desatada en Londres, que poco después llevaría al poder de Winston Churchill. Con el amanecer, llegó el ulular de las sirenas de alerta aérea, que sobresaltó a una ciudad que no las oía de día desde las primeras semanas de la «guerra de pega», ocho meses antes. El rubicundo, jovial y obeso A. J. Liebling, enviado especial del *New Yorker* que había sustituido a su colega Janet Flanner, se asomó a la ventana de su habitación de hotel de la Place Louvois, frente a la Biblioteca Nacional de Francia. Se quedó allí escrutando el cielo en compañía de sus vecinos franceses enmarcados en las ventanas abiertas de todos los edificios, unos en camisión, desnudos otros, espectadores todos. El mismo día, pocas horas más tarde, el cabo Henri Cartier-Bresson, destinado en Metz con el Tercer Ejército en la Unidad Fotográfica y Cinematográfica, tuvo el tiempo justo de enterrar su Leica en el patio de una granja del departamento de los Vosgos antes de partir a una misión.

El miércoles 15 de mayo, el mismo día en que los alemanes iniciaron un avance que dividiría a los ejércitos aliados al cabo de unas jornadas, Samuel Beckett se presentó voluntario como conductor de ambulancia. Irlanda se mantuvo neutral durante la guerra, pero él quería tomar parte en ella, al igual que habían hecho otros escritores extranjeros en conflictos anteriores, como Hemingway, que a los dieciocho años se alistó para ir al frente de Italia durante la Primera Guerra Mundial en calidad de conductor de ambulancia de la Cruz Roja. «Beckett se sacó el permiso para conducir vehículos pesados, pero no oyó nada». ¹⁶ En realidad, lo que quería era reunirse con su mejor amigo, Alfred Péron, que estaba en Bretaña destinado como oficial de enlace con una unidad de ambulancias británica.

El jueves 16 de mayo cundió el pánico entre los corresponsales en París de periódicos extranjeros y los políticos franceses. Esa noche, Liebling vio a una cuadrilla de jóvenes taciturnos con el pelo engominado y vestidos con jerséis de lana atravesar París a toda velocidad en rápidas motos. «Tenían pinta de conquistadores.» ¹⁷ Probablemente fueran espías alemanes en misión de reconocimiento.

El sábado 18 de mayo, el general Weygand, de setenta y tres años, fue nombrado comandante en jefe del Ejército en sustitución del general Gamelin, mientras que se invitaba al mariscal Pétain, de ochenta y ocho, a entrar en el Gobierno. Aunque ambos eran de extrema derecha, monárquicos, fervientes católicos y antiparlamentarios, en materia de estrategia militar sus planteamientos eran incompatibles. Como expresó Lie-

bling para sus lectores americanos, Pétain era «incapaz de concebir cualquier operación más audaz que una retirada ordenada», mientras que «Weygand creía en el ataque sin tregua».¹⁸

El martes 21 de mayo, el primer ministro francés, Paul Reynaud, anunció al Senado que los alemanes habían llegado a la ciudad norteña de Arrás y que «Francia estaba en peligro». Una semana más tarde, el rey Leopoldo III de Bélgica firmó la capitulación de su país, lo que dejó a los ejércitos británico y francés en peor posición aún. Winston Churchill se lo tomó a mal: «Sin consulta previa y por decisión personal, el rey de Bélgica ha rendido a su ejército, dejando expuestos todo un flanco y nuestras vías de retirada».¹⁹ Se iniciaba así la Operación Dinamo, más conocida como la evacuación de Dunkerque. Gran Bretaña necesitaba traer de vuelta a sus tropas. Empezó muy mal, pero el desastre se convirtió en un «triumfo» el 4 de junio, cuando se culminó la evacuación de casi 338.000 soldados (de los que 26.500 eran franceses). Ese día, Winston Churchill fue el primero en celebrar la gesta, pero también lanzó una advertencia al público británico: «Las guerras no se ganan con evacuaciones».²⁰

El 6 de junio escasearon los taxis, los hoteles quedaron desiertos, se restringió el servicio telefónico, y los restaurantes y los cafés bajaron sus persianas metálicas. Las comunicaciones con el mundo exterior dejaron de funcionar, lo que hizo difícil la vida, sobre todo para los extranjeros. Beckett ya no podía sacar dinero de su cuenta irlandesa en el banco ni conseguir los papeles que quería.²¹ Liebling, no obstante, logró obtener un salvoconducto.

El 10 de junio, la Italia de Mussolini declaró la guerra a Francia y Gran Bretaña. Los Gobiernos francés y británico confiaban en que el dictador fascista se mantuviera neutral después de que le hubieran cortejado con concesiones territoriales en África para expandir el Imperio colonial italiano. En París, se vio a William Bullitt, el embajador estadounidense, de cuarenta y nueve años, depositar una corona de rosas ante la estatua de Juana de Arco, en la Place des Pyramides, una escena que pudo contemplar Jacques Jaujard desde su despacho del Louvre.

William Christian Bullitt hijo —excorresponsal de prensa en Europa, licenciado en Yale, hombre de mundo con debilidad por las mujeres hermosas, escritor de talento y embajador ante la Unión Soviética entre 1933 y 1936— era también un ferviente europeísta y un francófilo apasionado. Su madre, una judía alemana apellidada Horowitz, se había asegurado de que su hijo hablara a la perfección tres idiomas, con la misma fluidez en alemán y francés que en inglés norteamericano, un don que pronto le resultaría de gran utilidad.

Su amigo el presidente Franklin Delano Roosevelt, con quien Bullitt hablaba por teléfono a diario desde que le designara su hombre en París, le pidió que saliera de la ciudad. Bullitt telegrafió a Washington el siguiente mensaje para la Casa Blanca: «NINGÚN EMBAJADOR ESTADOUNIDENSE EN PARÍS HA HUIDO JAMÁS DE NADA, Y ESA, EN MI OPINIÓN, ES LA MEJOR TRADICIÓN QUE TENEMOS EN EL SERVICIO DIPLOMÁTICO AMERICANO». En efecto, Gouverneur Morris no se movió de París durante la Revolución francesa, Elihu B. Washburne hizo frente a la ocupación de la ciudad por parte de Prusia en los días de la Comuna de 1870, y, pese a estar a tiro de la artillería del káiser, Myron T. Herrick no abandonó la capital en 1914. Tampoco era Bullitt el único que quiso quedarse: cinco mil de los treinta mil ciudadanos estadounidenses que vivían en París o en sus alrededores —la comunidad norteamericana más grande de Europa— también se negaron a marcharse.²²

En la tarde del 10 de junio, los parisinos se retiraron a sus hogares y se reunieron en torno a la radio. Los que permanecieron despiertos hasta pasada la medianoche pudieron oír el discurso de Roosevelt, retransmitido desde Londres, en el que describía la declaración de guerra de Italia como una puñalada por la espalda. Ese mismo día, en Royan, Picasso había pintado una cabeza de mujer de aspecto decididamente sombrío. A. J. Liebling no oyó el discurso de Roosevelt: había abandonado París unas horas antes. Al partir, se sentía más desconsolado que asustado. Jamás se le había pasado por la cabeza que Hitler podría algún día destruir Francia, «la comunidad histórica de la inteligencia y la vida razonable», sin la que «nada puede tener sentido en ninguna parte hasta que no sea restablecida». También estaba enfadado con la cobardía francesa. En junio de 1940, abundaban los cobardes. Aquella semana, había comido con un destacado periodista francés que escribía para una docena de periódicos de París de diversas tendencias políticas bajo una docena de seudónimos distintos. A su colega americano, le dijo: «¡Qué terrible error, haber provocado a esta gente, querido! ¡Qué locura, preocuparnos por Polonia!». Lloraba como un bebé mientras se empapuzaba de espárragos, y al final exclamó: «¡Paz, rápido, rápido!».²³

Liebling no era el único que huía de París; miles de parisinos y refugiados del norte de Francia estaban igualmente en tránsito. También lo estaba Arthur Koestler, que seguía sin documentos legales. Escondido por amigos que se lo iban pasando por turnos, acogiéndole cada uno una noche, o consiguiéndole un permiso de viaje a Limoges..., al final, no vio otra alternativa que alistarse en la Legión Extranjera, que venía proporcionando una nueva vida y una nueva identidad a hombres de todo cre-

do y nacionalidad desde 1831. Se enroló por cinco años y dejó de existir legalmente. Había pasado a ser Albert Dubert.

Simone de Beauvoir también se fue. La llevó en coche el padre de su alumna y ya ex amante Bianca Bienenfeld, que la dejó en Poèze, cerca de Angers, en la casa de campo de una amiga, Madame Morel. Beauvoir admitiría más adelante no haber sentido mucha conexión con los acontecimientos históricos que estaban teniendo lugar. Escuchaba los boletines de noticias de la radio, por supuesto, pero también se pasaba el día leyendo novelas de detectives y hablando de sexualidad con Madame Morel. Seguían enamorándose de ella constantemente mujeres jóvenes, y Madame Morel le había dicho que era una «trampa para lobos»; es decir, una lesbiana. Simone había empezado a llevar una cinta en la cabeza que recordaba un poco a un turbante. Su amante, *le petit Bost*, comentó de su nuevo peinado: «Pareces una lesbiana, una adicta a la cocaína y también un faquir».²⁴

La heredera y coleccionista de arte neoyorquina Peggy Guggenheim, de cuarenta y dos años, veía a los refugiados arrastrando sus pertenencias por París, pero estaba demasiado atareada comprando cuadros a artistas desesperados por salir de la ciudad antes de que llegaran los nazis para preocuparse mucho. Adquirió por doscientos cincuenta mil dólares una colección que llegaría a valer más de 40 millones.²⁵ Tras cerrar muchos tratos ventajosos, Guggenheim huyó al sur, a Arcachon, donde su amigo, el pintor español Salvador Dalí, y su mujer y musa, Gala, nacida en Rusia, habían alquilado una villa en la que acogían a amigos «en tránsito».

En la mañana del 11 de junio, Samuel Beckett y todos aquellos parisinos que aún no habían levantado el vuelo se despertaron con el olor a hollín. Las autoridades francesas habían hecho saltar por los aires las fábricas de munición de los alrededores de la ciudad, que estuvieron ardiendo toda la noche. «El resplandor radiante del sol había quedado reducido a un brillo mortecino y sulfuroso.»²⁶ Paul Reynaud se preparaba para huir a Tours con su Gobierno. A fin de preservar la capital de Francia de la destrucción, París fue declarada oficialmente «ciudad abierta», lo que suponía que el Gobierno abandonaba cualquier intento de defenderla con la esperanza de que el Ejército alemán respetara las convenciones internacionales de guerra conforme a las que las ciudades abiertas quedan a salvo de los bombardeos. Con los nazis, no obstante, nunca se sabía. Antes de partir, Reynaud fue a ver a su amigo el embajador Bullitt y le pidió que intentara convencer a la Wehrmacht de que no arrasara París. Bullitt, el único embajador extranjero que seguía en la capital, fue nombrado a todos los efectos gobernador de París en ausencia de todas las autoridades francesas.

El 12 de junio, Samuel Beckett y su «chica francesa»,²⁷ Suzanne Déchevaux-Dumesnil, que había decidido acompañarle a última hora, subieron en la Gare de Lyon a bordo de un tren lento y atestado con destino a Vichy, donde el escritor conocía a gente que esperaba que pudiera prestarle algún dinero. Nadie sabía aún que Vichy se iba a convertir en cuartel general y capital de la Francia no ocupada. En Royan, Picasso pintaba otra cabeza femenina con aire siniestro.

En un principio, la Wehrmacht accedió a entrar en la ciudad pacíficamente. Sin embargo, patriotas franceses dispararon a oficiales alemanes cerca de la Porte Saint-Denis, en las afueras de París, lo que enfureció al comandante del Decimotavo Ejército Alemán, el general Georg von Küchler (también conocido como el Carnicero de Róterdam desde que, unas semanas antes, destruyera esa ciudad holandesa). Küchler, en represalia, ordenó lanzar un ataque sin cuartel de artillería y fuego aéreo a las ocho en punto de la mañana siguiente. Bullitt solo disponía de unas horas para intentar salvar la capital de la suerte corrida por Róterdam y otra capital europea, Varsovia. El diplomático logró convencer a dos mandos franceses de que se reunieran con sus homólogos alemanes en Écouen, a diecinueve kilómetros al norte de París, para acordar los términos de la entrega de la ciudad. Con el documento firmado, Von Küchler canceló el bombardeo. Un americano había salvado la Ciudad de la Luz.

Mientras se intentaba librar a la capital de la barbarie nazi, las palomas habían tomado todos los grandes espacios abiertos, y, en medio de un silencio sepulcral, sus arrullos llenaron los oídos de los contados parisinos que aún no se habían ido. Las paredes se habían cubierto de carteles que aconsejaban a sus 2,8 millones habitantes que permanecieran en sus casas. Quedaban pocos para leerlos. El 14 de junio, Sylvia Beach y Adrienne Monnier se asomaron a sus ventanucos sobre el *carrefour* de l'Odéon y vieron camiones militares alemanes pasar rugiendo por el Boulevard Saint-Germain. Habían entrado en París. Hacía un momento no estaban allí, y al minuto siguiente pululaban por toda la ciudad. Hacía un momento, Jean-Paul Sartre era profesor de Filosofía en un liceo parisino y Jacques-Laurent Bost su alumno, y al minuto siguiente, Sartre y Cartier-Bresson eran prisioneros de guerra y *le petit* Bost estaba herido de gravedad.

«LA CIUDAD SIN OJOS»

Coches, camiones, furgones y vehículos acorazados alemanes pululaban por las calles, mientras estandartes gigantes con la esvástica empezaban

a desplegarse en las fachadas de los edificios públicos. «El silencio sepulcral de una ciudad muerta había dado paso al rugido ensordecedor de los aviones nazis que sobrevolaban la urbe a baja altura, día y noche, proyectando sombras de buitre sobre todas las habitaciones. Las avenidas se convirtieron en autopistas para los potentes coches de los oficiales alemanes. El *feldgrau* —el gris de campaña de los uniformes nazis— estaba por todas partes.»²⁸

Los parisinos miraban a los invasores con ojos ausentes. Al principio, los alemanes no entendían nada; se sentían ignorados, como si fueran invisibles. No tardaron en llamar a París «la ciudad sin ojos».²⁹ El espíritu de París se había desvanecido justo cuando ellos creían haberla atrapado en su acerado abrazo. Habían convertido la urbe y a sus habitantes en piedra.³⁰

En Vichy, el escritor galo Valery Larbaud, cuya obra, con sus monólogos interiores, había inspirado a Joyce el *Ulises*, tuvo la bondad de echar una mano a Beckett y darle dinero. Entonces, Beckett y Suzanne partieron a pie y durmieron en graneros y en el suelo de tiendas de camino a Arcachon, donde su amiga estadounidense Mary Reynolds, la amante de Marcel Duchamp, tenía una casa en la que confiaban que pudiera alojarlos unos días. Se la encontraron llena a rebosar, ocupada por Peggy Guggenheim y otros amigos. La villa de Dalí y Gala también estaba atestada de pintores y escritores, entre ellos Man Ray y Duchamp, pero Beckett y Suzanne consiguieron al fin alquilar una habitación en una pensión, Villa Saint George, en el 135 bis del Boulevard de la Plage. Duchamp y Beckett, fanáticos ambos del ajedrez, pasaban gran parte del tiempo jugando en la terraza de un café frente al mar.

El 18 de junio, en una alocución retransmitida por la BBC, Charles de Gaulle, un general francés desconocido para la mayor parte de la población, hacía un llamamiento a Francia desde Londres para que siguiera en la lucha, e instaba a todos los jóvenes franceses de ambos sexos a unirse a él en la *résistance*. Sin embargo, cuatro días más tarde, el mariscal Pétain capitulaba y firmaba un armisticio con Adolf Hitler. Como escribió A. J. Liebling ese mismo día: «De Gaulle había hablado por Francia; Pétain parecía hablar siempre en contra de ella, resentido, con la crueldad de quien se ve impotente».³¹

El 22 de junio, mientras en Compiègne concluía la negociación del armisticio, Cartier-Bresson era hecho prisionero y enviado, con el número de identificación KG 845, a Stalag V-A, un campo de concentración a las afueras de la ciudad alemana de Luisburgo, junto con otros veintitrés mil cautivos franceses. A Jean-Paul Sartre lo habían capturado el día

anterior, en su trigésimo quinto cumpleaños, y estaba pendiente de ser trasladado a Stalag XII-D, cerca de Tréveris. En Arcachon, mientras tomaban un poco el aire en el paseo marítimo, Beckett y Duchamp oyeron a una señora gorda con anillos de oro en todos los dedos dar la bienvenida al armisticio: «Ah, podremos volver a comer pasteles».